

FIESTAS DE LAS NIEVES LA RAMA 2014



**VILLA DE AGAETE
PREGÓN**



Querido Pueblo de Agaete,

Quisiera comenzar expresando mi agradecimiento al Ilustre. Ayto de la Villa de Agaete en la persona de su alcalde D. Antonio Calcines por haberme ofrecido, lo que para mí es altísimo honor: ser pregonero de las Fiestas de las Nieves, y La Rama, que aunque incluida la segunda en la primera, no deja de tener protagonismo propio; y así sumar mi nombre al elenco de personalidades que me han precedido en este solemne cometido de dar comienzo a las fiestas después del izado de la bandera. Querido Antonio, muchas gracias por tu consideración y estima; son recíprocas de mi hacia ti; muchas gracias... Y muchas gracias por tus generosas palabras Poli, amigo, elegido para mi presentación por leal y desprendido, amiguísimo de sus amigos, y caballero con sus contrincantes; digno alcalde de la Villa de

Moya, y sobretodo por ramero irredento desde aquel año (ya no recuerdo hace cuántos) en que después de resistirse lo justo, se sumó, junto a Ale y a mí, a celebrar las Fiestas de Las Nieves hasta el día de hoy.

Natural de Las Palmas de Gran Canaria que soy, de la calle Triana de toda la vida, centro histórico de su alargada figura, e Hijo Adoptivo de mi elegido mundo de paz, el cumbreño municipio de Artenara, colindante fraterno de esta Villa, soy, somos Ale y yo, desde hace más de veinte años durante la primera semana de agosto, residentes en Agaete. Los primeros años en La Suerte, disfrutando de aquel paisaje, entre plantaciones y laderas, siguiendo con la vista el camino por donde han de bajar... pero, de tanto caminar arriba y abajo aquellas noches de fiestas desde la Suerte al pueblo, y retorno... y de aquella manera... finalmente decidimos residir en el pueblo o en el puerto, allá donde hallásemos aposento... (salvo un año, que estaba por trabajo en Dusseldorf, (Alemania) y me pasé todo el transcurrir del día 4 calculando desde el centro de Europa, por donde iría la Rama a cada instante). Si bien he sido fiestero, porque me gusta compartir alegrías, que las penas vienen solas y es cuestión de mirarlas con cierta distancia para que no nos roben el derecho a ser felices, con los años ha ido disminuyendo mi entusiasmo, y si no el entusiasmo, si mi presencia, hasta en los mismos carnavales, por los que en otra época entregaba el tino, o cuando menos lo trasteaba, y de aquel peregrinar por las insulares fiestas sólo permanece las fiestas de Agaete... y por algo más que la fiesta, por Agaete. Quizá sea por el Azul Atlántico que cantara el poeta:

Atlántico infinito tú que mi canto ordenas,
Cada vez que mis pasos me llevan a tu parte
Siento que nueva sangre palpita por mis venas
Y a la vez que mi cuerpo, cobra salud mi arte.

...sin duda, el Gran Tomás Morales, quien me ofreció el Tritón, Exordio de Las Palmas de Gran Canaria, y con quien humildemente por mi parte, compartí recientemente honores y distinciones por el Cabildo de nuestra isla; Tomás Morales que junto a los grandes Saulo Torón y Alonso Quesada, saludan al poniente, mientras riman versos desafiando el desafiante viento atlántico, en esta costa agaeense en la escultura de D. José de Armas. Quizá porque aquí, en Agaete, el Atlántico se ofrece mítico y soberbio en su amplitud de azul intenso, frío y espejado de reflejos, sobre los que se alarga majestuoso y altivo Faneque, cima coronada por la foresta de Tamadaba, mi lugar de paz, y allá donde la vista alcanza el horizonte, el Teide sobrevuela solemne las alturas de toda Canarias. Quizá porque con Agaete se cierra el círculo vivencial del paisaje con el que entiendo la naturaleza y el lugar del hombre en ella desde esta isla redonda y atlántica que es Gran Canaria; y desde la orilla, desde la playa de Las Nieves, sumergido en sus frías y vivificantes aguas, miro hacia arriba y le aseguro lo



feliz que allí soy; porque desde arriba, cuando me asomo al Fin del Mundo en Tamadaba, miro hacia abajo y se del olor a mar y pesca; a playa y Roque Partido (hoy, qué le vamos a hacer... más partido que nunca); y se de las Nieves y La Rama, y se lo feliz que aquí he sido, pues repito cada año cuando llegan las fiestas... aunque no sólo durante las fiestas visito Agaete. En esta vecindad a lo largo de toda su altura entre mi municipio de adopción y este municipio costero, descendiendo, y a veces ascendiendo (cuestión de tener quien me secunde), recorriendo sus paisajes, los de uno y otro municipio cabalgando a pedal de mi bicicleta, lo que hago últimamente con mi amigo Suso, hoy mi querido alcalde de Artenara, con quien años atrás bajásemos a pie a la noche del 3, la víspera de La Rama, desde Tamadaba por San Pedro portando nuestras propias ramas, a dar tributo a la Fiesta, entre los sudores y polvo del camino en una tarde-noche cálida. Así, sobre ruedas y a pedal, descendemos por Tirma para salir al Andén Verde y enfilarse hacia Agaete por El Risco, Los Farallones, Barranco de La Palma, Guayedra, llegar a las Nieves, La Villa, El Valle, los Berrazales (y la cosa comienza a ponerse difícil), el Sao (dura), El Hornillo (durísima)... y aún hay que recorrer ya reventado lo que queda de retorno a la Arbejas, allá arriba, el pago a 1.300 mt sobre el mar, desde donde partí... pero, no venga yo a hacerme el héroe aquí ante ustedes, que lo más habitual es que baje en bici, reponga fuerzas con unos pescaditos y ensalada, disfrute de la tarde entre amigos en las terrazas del paseo, y me vuelva en coche. Aún así, desde el esfuerzo del pedaleo, he respirado el paisaje de Agaete de un modo más intenso, sintiéndolo profundamente, hasta los alvéolos; el olor a mar y acantilado en las panorámicas, a cañaveral y palma en los barrancos, quedando en la memoria de modo imborrable. También pedaleando por Tamadaba, y esto habla de la vecindad y fraternidad entre ambos municipios, recientemente que contaba mi amigo Nogales, sobre la gente del Valle que venían a por pinocha, los pinocheros de Agaete, que, o bien a diario subían y retornaban al Valle por el camino de San Pedro, o restaban la semana en el Pinar acomodados en las Cuevas del Ajo, o Cueva de los Zapateros, entre Sansó y el Campamento, para con la fresca “ajuntar” la pinocha, y a medio día hacer la “manada”, los enormes bultos de pinocha amarrados con cabestros, sogas, de más de 100 kg de media. “Marrón”, llamado por la juventud de Tamadaba por respeto “Marroncito”, era el arquetipo: “gente fuerte y recia aquellos del Valle”, del que me contaba mi amigo que en una ocasión pesando una “manada” que cargaba Marroncito, ésta se partió, y aún así, la mitad caída en el suelo, lo que quedó colgado de la pesa alcanzaba más de los 120 kg. Gente como leños aireados por la brisa del mar que sube barranco arriba, y que en la escalada al pinar, fortalecen sus músculos como veta de tea, hasta convertirse en sólidas columnas capaces de cargar lazos de pinocha, como Atlas cargara el universo. Pero volviendo a Agaete, mi primera “impresión” estética aquí la tengo fijada en mi memoria siendo adolescente, cuando hice una de mis primeras acampadas con el colegio, por encima de lo que es hoy La Palmita, en un llano, no se si de habitual uso para ello o no, donde instalamos las casetas. Ya entrada la noche, subimos la ladera que hacia el oeste flanqueaba nuestro campamento, y casi coronando la cima ya se oía el batir del mar en las rocas; y de pronto: el Gran Azul en la noche a pie de risco cortado de cuajo, y el Dedo de Dios abajo... silencio a mar de noche plata... impresionante, bellissimo. (He de decir, queden tranquilos, que ninguno en pie, todos tumbados asomándonos en aquel acantilado... las madres no nos lo hubieran permitido, pero todos sabemos, mi madre, Adelina, también, que la mitad de las experiencias que las personas tenemos a lo largo de la vida, los padres no las habrían consentido... pero de todo se aprende).

Desde la orilla del mar, encaminándonos para la Villa, me dispongo a llegar al pueblo como lo hace la Virgen de las Nieves cada 5 de agosto emprendiendo viaje desde la blanca ermita por el camino que hasta la Plaza e Iglesia de La Concepción nos lleva, saliendo a su encuentro San José, para secundarla parte del camino acompañada por los Reyunos, ese cortejo tan particular, tan identitario, tan auténtico; marineros de blanco y azul, fervorosos cumplidores con su fe y compromiso, que no deja de fascinarme por lo genuino. Devotos de la imagen venerada, madres, padres, hijos y abuelos, gente de Agaete, que ruegan y confía en su Virgen protectora la bonanza y bienestar de los suyos, lo que, a pesar de mi distancia intelectual respecto a los credos, genera en mi un respeto máximo, y si no vene-



ro, me sumo respetuoso a las personas, a su necesidad y legítima voluntad de mejora, pues en su imagen se reflejan las peticiones, súplicas, y propósitos por más de cuatro siglos de su pueblo. Como diría un querido amigo de Artenara, "cómo no voy a procesionarla (refiriéndose a la Virgen de la Cuevita) si mi madre viene a pedirle por mi, para que coja fundamento y me cuide". Esta Virgen de las Nieves, valiosísima obra de arte flamenco, pintura retablo, que en plena canícula sale valerosa a la calle, desafiando la paradoja entre su advocación nevada y el sol de estío, es reflejo de la valentía y coraje de la gente del mar, marineros bravíos de Agaete que de las profundas azules aguas extraen su sustento contra viento y marea, y nos ofrecen uno de los tesoros más valiosos de esta villa marinera, el pescado que nutre y da vida, mientras sus familias en la costa esperan su regreso sanos y salvos, y con las redes llenas, lo que se refleja en la escultura que, casi a pie de playa, representa a la esposa y madre oteando el horizonte entre la inquietud y esperanza, pues desde el mar han volver y llegar, amor y alimento.

Camino del pueblo saludo a Lorenzo Godoy, perpetuado en la escultura de, también, D. José de Armas, en paso de danza que lo referencia como una de las memorables personalidades de este municipio. Lo conocí, un año antes de que partiera definitivamente, en una inauguración de exposición en Las Palmas del por mi admirado Pepe Dámaso (toda la salud y fuerza para ti Pepe, querido maestro), al que también conocía por esas fechas. Qué oportuno encuentro aquel el mío, muchacho de 19 años, con dos renombres de Agaete, pura energía ambos, viva expresión de la fuerza de este paisaje de mar y risco, coñocidos de la mano de mis queridos padrinos en el mundo del arte, el fotógrafo Fachico Rojas y su esposa Luisa Hernández, con los que tantos ratos pasé en su casa de Las Nieves, entre flamboyanes y maracuyás. Fachico se fue hace unos años, Chichi permanece; ambos son parte de mi progreso como artista y persona, y mucho de ello se dio respirando las tardes del Pto. de las Nieves, contemplado siempre majestuoso Faneque.

Atrás ha quedado Lorenzo cuando ya estoy llegando a La Palmita, y saludo ceremonioso a Tony Gallardo, maestro de escultores, y a su obra. Siluetas de colores, formas como juguetes de cartón que invitan al recreo de escolares entre la playa y la montaña. Verde y rojo de Tirma visten los sinuosos perfiles y recorridos que nos llevan, escalera arriba, cada año al restaurante, donde leales amigos a La Rama, cada noche de 3 de agosto compartimos mesa y mantel dispuestos a empezar la espera nada pesante a la Diana... ella siempre llega, a su hora, y hay que saberla aguardar y guardarse para llegar entero.

Y allá que vamos prestos y resueltos a la Plaza a compartir la noche que precede a la Diana. Por aquí empezamos a conocer las Fiestas de Agaete, como foráneos de la capital que veníamos a disfrutar



de las fiestas que los pueblos de Gran Canaria nos ofrecía, y cómo no, La Rama dentro del peregrinar festivo de estío, después de Santiago del vecino Gáldar. Hace ya más de veinte años, lo que ha dado para mucho. Muchos amigos, algunos que por relevo generacional lo han ido dejando para los nuevos, como uno mismo, que lo vive de otro modo, más contenido respecto a aquellas amanecidas, cuando, una vez recorridas las calles de arriba con la Diana, aún había empeños y ganas hasta alcanzar la hora mañanera de La Rama... ahora, ya a estas alturas, no está uno dispuesto a un desgaste físico que me dejaría secuelas por varios días. La noche del 3, la víspera, es una noche de encuentros, de entusiasmos y de excitación compartida ante la expectativa de La Diana. Víctor, Rafa, Manolo, Pino, Sergio, Tato, Maripino, Los Lobos, Ángel, Ana; Antonio y Menchu siempre atentos a que todo vaya como se espera; Ale y Poli se me han vuelto a perder otra vez; los primos García aún no han llegado... llegarán; a veces consigo ver a Octavio y Carmen; y Peri, que me cuenta la última exposición que visitó, siempre de interés para mí, mientras saluda a diestro y siniestro... y se va acercando la hora de La Diana entre amigos, “vericueteano”, calle arriba, calle abajo; olor a fiesta en la Plaza y las esquinas, bullicio entusiasmado por el que no paran de transitar amigos, conocidos y extraños, todos dispuestos a celebrar... –La Diana! venga que es la hora... y vamos todos desde la Plaza como río hasta llegarnos al Ayuntamiento, donde nos espera en escultura D. Francisco de Armas, sentado con gesto señorial y siempre descabezado, quizá porque su mente ha volado ya definitivamente con los años que así lleva, con el espíritu único que en breve va a elevarse delante de él mismo, cuando se dispare el volador... (el día que le restituyan la cabeza, será como la Venus de Milo con brazos: cuando menos, extraña) ... y llegados al Ayto. ya no cabe nadie, pero seguimos llegando, y allí, como se pueda, desde dentro o fuera de la masa en que nos fundimos todos como magma telúrico, vibrantes, alertas, ansiosos contando los instantes mirando hacia arriba... y el Sr. Alcalde aparece en el pretil de la azotea del Ayuntamiento... y en cuenta atrás 3, 2, 1 ... PUMMM!!!!... y disparado el volador, la explosión de júbilo que sólo se puede sentir, no explicar. Yo, a pesar de lo que pueda parecer, en público soy reservado y discreto, por no decir tímido, que me cuesta mucho sumarme a algarabías y expresiones multitudinarias, sólo me he visto así, de repente entregado, saltando, vibrando, bailando, con la Diana. Otras veces, que subí a la azotea de la familia Rosario Godoy, con Menchu como anfitriona, pude ver el espectáculo desde lo alto: aquel salto al unísono, como único organismo, como lo es un mar lleno de olas; los brazos arriba, saltan, bailan, cada uno a su cosa, y cada cosa, formando el asunto de todos. Guayendra o Agaete, las bandas, héroes de la jornada festiva, suenan las marchas que secundamos bailando detrás, en entrega absoluta al jolgorio casi extático, que no es más, ni es menos, que la realización del ánimo a través del cuerpo en la fiesta compartida y celebrada entre todos.



La fiesta compartida y celebrada entre todos... lo que me hace reflexionar sobre la función antropológica de la fiesta. Qué sentido si no, tiene la fiesta, ya de origen ritual, mítico, o circunstancial, el que fuere, porque en verdad eso no es tanto lo principal, sino el que debe ser generadora de unión, reafirmación del sentimiento de comunidad y de pertenencia, de fraternidad en la diversidad de credos, pensamientos y afectos, consolidados a través de la experiencia gozosa compartida. De la fiesta, los pueblos han de retomar y retornar a lo cotidiano con reforzado sentimiento fraternal, solidario; reparadas, recompuestas y reafirmadas las relaciones entre las personas a través del gozo compartido, de lo contrario son oportunidades desperdiciadas en pos del error, que es el distanciamiento, el recelo, o la negación del otro. De nada sirve cómo se vista la fiesta, o cómo se llame, si las personas que a ella dan sentido no se abren a los otros para compartir. Una fiesta como La Rama, que convoca tanto interés, con lecturas historicistas, con aportaciones y apropiaciones de unos y otros, creo, tienen su verdadera razón de ser en las personas más allá del mito, y me explico insistiendo en lo que para mí es principal en todo y para todo: las personas; la gente de Agaete, el pueblo de Agaete que vive la fraternidad en ella, y acoge a los visitantes con los brazos abiertos para compartir entre todos la feliz experiencia de estar vivos y resueltos a disfrutar la vida. Las tradiciones se van afectando con los cambios generacionales, y a pesar que conserva el espíritu y en cierto grado la forma, no son las mismas las fiestas a principios del siglo XX, que las de principios del XXI; no son las mismas personas, ni lo son sus usos y costumbres sociales, lo que de un modo u otro va reconfigurando y ajustando a lo contemporáneo las tradiciones, el ritual, y hasta el mismo mito que la sostiene. Al respecto, lo importante es evitarle a las fiestas el estándar grosero y laminador de lo diferenciado, que convierte todo en residuo de una sociedad compleja que en el exceso, impostura y violencia busca desahogo a su desequilibrio. La Rama, como multitudinaria convocatoria de propios y extraños, por ese mismo poder de convocatoria, puede ser más vulnerable, y de todos está ponerle cuidado y atención para que no sea víctima de la distorsión que la sociedad de masas provoca; una sociedad inculta que se acerca a todo con negligencia e indolencia, indiferentes a aquello a lo que asisten, deformando sin aportar lo que tanto tiempo lleva construir.

La Rama, ya de lleno en ella, tiene lo que hay que tener para ser única, y a ella hay que acercarse con respeto a la tradición, a los usos y costumbres que los vecinos de Agaete por generaciones han ido transmitiendo implícitos en la fiesta, modificando y enriqueciéndola desde dentro. En ella la expresión de alegría es plena, externa e interna, los que en ella participamos, propios y extraños, todos ramereros, podemos sentir el regreso al profundo arcano de nuestra tierra, a las tradiciones y a su



historia, presintiendo lo ancestral del ritual entre el aroma a poleo, romero, y enormes mazos de verde Tamadaba, que conforman un mar de esmeralda vegetal, trepidante, agitada al cielo brazos en alto, cuerpo a cuerpo, calor a calor, salto a salto, júbilo a júbilo; Todo es en cada uno, y cada uno, Todo, al ritmo de la música que arrebató, entusiasmo y colma; es la verdadera experiencia dionisiaca, el retorno a la tierra del que hablara el filósofo alemán Nietzsche en “El Nacimiento de la Tragedia”. Hace un par de años, una conocida mía de la capital, bella y delicada mujer, de muy finas maneras, que me encuentro en la esquina del Perola, (primera Rama en su vida, a pesar que ya tenía años para no ser aquella la primera) me comenta: “me metieron ahí dentro a bailar... y, yo no se... ha sido una experiencia!... todavía no se si buena o mala... pero ha sido toda una experiencia”. Por su cara, seguramente fue una de las más estimulantes y vitales experiencias de su vida. Eso es La Rama, para unos por devotas razones, para otros por sentir una suerte de epifanía ancestral con lo prehistórico, y para otros por puro lúdico, cada uno sus razones y motivos, que bien están para cada uno, pues de cada uno son, La Rama es una experiencia plena de vida. Mi amiga... repitió, y volvió a las Cuatro Esquinas... y se quedó hasta la Retreta.

Queridos amigos voy llegando al final de este pregón, y con él ha de llegar La Rama a Las Nieves, ya a media tarde y bien bailada desde horas atrás en que empezara a las diez de la mañana, y saludar en alboroto a la escultura, de la que me honro autor, que la conmemora en siluetas, fusión de danzantes, notas musicales y vegetal, de verde bronce frente al azul del “Atlántico Sonoro”, para acercarse finalmente a rendir ofrenda de fiesta y alegría a la Sra. de Las Nieves, que solicita al recibir el júbilo de su pueblo, retorna a su gente devota la esperanza de amparo y protección, y a los que no lo son, el contento de cada cual por haber dado cumplido cumplimiento a la tradición más festiva y alegre de Gran Canaria.

Queridos amigos, vecinos y visitantes, dispongámonos a celebrar con alegría y fraternidad las Fiestas de Las Nieves de este 2014, y así rendir tributo a la Vida.

¡Buena fiesta a todos! ¡Buena vida a todos!

Buenas noches y muchas gracias.

Manuel González Muñoz

Can de Plata a las Artes del Cabildo de Gran Canaria
Escultor del Monumento a la Rama



Ilustre Ayuntamiento de la Villa de Agaña